

Atticus Finch, padre y maestro

Danna Valeria Jiménez Nungaray

Harper Lee es, posiblemente, una de las autoras americanas más destacadas y legibles del siglo XX, y alcanzó el éxito con sus únicas dos obras escritas: *Matar a un ruiseñor* (1960), por la cual adquirió renombre y se le concedió el premio Pulitzer a Obras Literarias de Ficción un año después de que la novela fuese lanzada a la venta. Asimismo, en 2015, con *Ve y pon un centinela*, su segunda novela, atrajo la vista del mundo; aunque se comercializó como una secuela, en realidad es un primer borrador de la obra anterior.

Antes de entrar de lleno a los valores educativos dentro de la novela, objetivo que se ha de abordar en este breve ensayo, es necesario precisar las características de la narrativa de Harper Lee en *Matar a un ruiseñor*, mismas que resultan autobiográficas en diversidad de aspectos: narra su vida en una pequeña localidad sureña, fue al colegio y al instituto a solo unas manzanas de su domicilio familiar (ubicación compartida con Jean Louise Finch, hija de Atticus) y Atticus Finch, el protagonista, está basado en su padre, quien ejerció en el ámbito de la ley como abogado y defendió a dos hombres negros acusados por un delito a un tendero blanco. La narración expone con maestría la vida de un pueblo en plena época de la depresión económica y de una dura segregación racial, que aún subsistía con fuerza en el momento en el que se publica la novela, años que a su vez coinciden con la lucha de los derechos civiles en Estados Unidos.

La educación en el hogar es el tema central que ha de ser rescatado en el presente ensayo, así como el valor de la misma, es decir, la educación es valiosa y válida, pero también implica un acto de coraje, valentía humana, con la finalidad de crear conciencia y lograr una reflexión acerca de la importancia de la labor que radica en el protagonista, quien al ser un padre viudo que debe criar a conciencia a dos hijos y educarlos frente a una sociedad racista y pedante que, debido a su profesión y sus ideales, lo juzgan como un mal padre que permite las displicencias de sus hijos. «Si tío Atticus deja que te acompañes con perros sin dueño, él es quien manda, como dice mi abuela; por tanto, tú no tienes la culpa».¹

En *Matar a un ruiseñor* la autora plantea una perspectiva del mundo a partir de la óptica de una niña llamada Jean Louise (Scout de cariño). Los diálogos y las interacciones referentes a sus

¹ Harper Lee, *Matar a un ruiseñor*, Bruguera, Barcelona, 1972, p. 102.

percepciones y opiniones del mundo se desarrollan con su hermano Jem y su amigo Dill, juntos cohabitando en un escenario general de los años treinta. La obra plantea la defensa que Atticus Finch lleva a cabo para a un hombre negro, Tom Robinson, quien es acusado de haber violado a una mujer blanca. Los hechos que narra la novela están inspirados en un conflicto racista ocurrido en el pueblo de Scottsboro, en Estados Unidos. Asimismo, es el comportamiento ético de Atticus Finch aquello que mantiene la fe en el Estados Unidos de la post-guerra y, en cuanto a poder promover y consolidar una sociedad incluyente étnica y socialmente, la manera en la que él busca educar y enseñar a sus hijos resulta afable, pues trata de mantener un escenario ético en el cual las conductas adquieren sentido y reconocimiento, no por su eficacia, sino por el valor en defensa de la justicia y sus consecuencias sobre la vida de las personas. Un ejemplo de lo anterior lo encontramos en el siguiente fragmento:

—Atticus, ¿tú defiendes *nigros*? —pregunté a mi padre aquella noche. — Claro que sí. Y no digas *nigros*, Scout. Es grosero. [...]
—Entonces, ¿por qué Cecil decía que tú defiendes *nigros*? Lo decía con el mismo tono que si tuvieras una destilaría. [...]²

Aquí es notable la inocencia de Scout respecto a un tema que no entiende y que, por su edad, Atticus no considera viable explicar, pero debido a que el juicio ya está en boca de niños y que su hija pierde los estribos cuando se trata de defender a su padre, la manera en la que le aconseja sobrellevarlo es un ejemplo de su mentalidad y valores: «Sea lo que fuere que te digan; no permitas que te hagan perder los nervios. Procura luchar con el cerebro, para variar... es un cambio excelente, aunque tu cerebro se resista a aprender».³

Atticus es ejemplar porque no escoge lo más fácil, sino la puerta estrecha que casi todos evitan, no se

dedica a juzgar o condenar; en cambio, nada contra la corriente pero con su cabeza erguida y sin dejarse intimidar por la opinión pública, cosa que lo mantiene humilde y confiable para sus hijos, quienes por sobre toda opinión o discrepancia, lo admiran. Él está visiblemente orgulloso del gran sentido moral que imparte a sus hijos, responde cualquier pregunta que le hagan, los alienta a tener mentes curiosas y los impulsa a crecer moral e intelectualmente. Scout está más adelantada que el resto de sus compañeros porque Atticus la enseñó a leer y escribir, y Calpurnia incluso le enseñó a escribir en cursiva «Me ordenaba escribir el alfabeto en la parte de arriba de una tablilla y copiar luego un capítulo de la Biblia debajo».⁴ Sin embargo, cuando su maestra se entera de esto, la castiga y le pide que no aprenda más en su hogar porque su padre no sabe cómo enseñarle correctamente: «Dile a tu padre que no te enseñe nada más [...] Dile que de ahora en adelante me encargo yo y que trataré de corregir el mal [...]»⁵. Este es el primer conflicto evidente entre la educación institucionalizada y la educación en el hogar, cosa en la que no hemos de profundizar pero es interesante mencionar, pues la educación es versátil, puede ser o muy buena o muy mala.

En lo anterior se abre el camino a identificar lo vital e importante que es una educación de calidad. El padre se manifiesta a sí mismo como el primer maestro y, al usar esta palabra, es crucial definir lo que es un «maestro»:

El maestro es el soporte básico del cultivo de la humanidad y su labor está ligada al sentido humanista de la civilización, porque él pone las bases de todo el desarrollo intelectual futuro, de la persona plenamente humana, civilizadamente decente en compañía de los demás.⁶

Estas son palabras rescatadas de una entrevista reali-

⁴ *Ibidem*, p. 29.

⁵ *Ibidem*, p. 27.

⁶ Fernando Savater, «El sentido de Educar» en *Altablero*, número 34, abril-mayo 2005. Recuperado el 20 de mayo de 2022.

² *Ibidem*, pp. 93-94.

³ *Ibidem*, p. 94.

zada a Fernando Savater, quien en su libro *El valor de educar* recalca que ser maestro, más allá de una profesión, implica un sentido valioso y valiente de los cuales, en repetidas ocasiones, pasa desapercibido; de igual manera, afirma que su texto va dirigido a su madre, quien fuera su primer maestra. Savater menciona un hecho completamente realista, el cual sucede en muchos grupos sociales, como la familia, en la que los padres siempre tienden a tener esa aspiración de educar a sus hijos mejor de lo que ellos fueron educados, pero ¿serán capaces de ello si tuvieron una educación deficiente? Al continuar con su escrito, aparece la positividad, según la cual, por más mala que haya sido la educación, siempre se despertará el deseo de hacerlo mejor con los que luego se será responsable. Por ello, Atticus Finch es el mejor personaje para demostrarlo, pues en las pocas ocasiones en las que la narrativa de Harper Lee menciona a la hermana y madre de Atticus, es notable la diferencia de pensar, actuar y de sobrellevar la vida cotidiana. Un ejemplo de estas conductas se demuestra en una disputa entre Jean Louise y su primo Francis, con la que se revela un problema familiar:

—La abuela dice que ya era bastante lamentable que dejase que os criéis como salvajes, pero ahora que se ha vuelto un ama-negros no podrá pasar nunca por las calles de Maycomb. Está arruinando a la familia, esto es lo que hace.⁷

Todo esto causó que Scout le diera un puñetazo directo a Francis, desencadenando que la madre del niño se molestara y que incluso su tío Jack, a quien ella consideraba como un semejante a Atticus, la regañara sin entenderla ni permitirle explicar su versión. Otra de las atribuciones que se desentrañan de Atticus es que para resolver los conflictos no aplicaba lo que proyecta ser de familia (por la cita anterior), sino que se presta al diálogo y entabla conversaciones claras con sus hijos, tratando de ser lo más justo que pueda para así lograr explicar las consecuencias

y dar a entender aspectos básicos que se deben aplicar a la educación. «— Cuando Jem y yo peleamos, Atticus no se detiene solamente a escuchar cómo lo cuenta Jem: me escucha a mí también». ⁸ Por lo menos, la educación que recibe Scout en casa es mejor que su experiencia escolar.

Continuando con el objetivo, ahora se hablará del valor. Savater nos dice en su prólogo a *Carta a la maestra*, que educar «es la tarea más sujeta a quiebras psicológicas, a depresiones, a una fatiga acompañada de por la sensación de sufrir abandono en una sociedad exigente pero desorientada». ⁹ Bien se puede perder la esperanza de que la educación implique cultura y paz y que sea fuente de desarrollo, pues la sociedad no se presta a un cambio, aunque, por otro lado, los cambios se dan a partir de un individuo con voluntad; por tanto, padres y maestros cargan con la responsabilidad de implementar estrategias óptimas para el desarrollo personal de cada individuo. Quien piense que ser maestro es algo relacionado al fracaso, pretenderá entonces entender que la sociedad en la que vive es un fracaso. Educar no es para cobardes o reacios, pues el educador debe buscar un lenguaje para comunicarse con los niños, y esto no le resulta fácil a cualquiera, no es lo mismo la educación privada de un hijo que la educación pública de un alumno.

Algo con relación a lo anterior es mencionado por Lee en la novela; tras la disputa entre Scout y Francis, Jack aprende una lección importante al momento de darle la oportunidad a su sobrina de que le comunicara lo que ella sentía y lo que había pasado, ya que ella juró odiarlo toda su vida y algo así, en el lenguaje de un niño, implica un coraje o rencor sometido, cosa que a Jack le disgusta tanto como a Atticus.

—No me casaré nunca, Atticus.

—¿Por qué?

—Podría tener hijos.

—Has de aprender mucho, Jack — dijo Atticus.

—Lo sé. Tu hija me ha dado la primera lección

⁷ Lee, *op. cit.*, p. 102.

⁸ *Ibidem*, p. 105.

⁹ Fernando Savater, *El valor de educar*, Ariel, Barcelona, 1997, p. 10.

esta tarde. Me ha dicho que no entiendo a los niños y me ha explicado porqué. Tenía razón. Me ha explicado cómo debí tratarla; oh, querido, cuánto lamento haber saltado sobre ella.¹⁰

En el fragmento anterior vemos un atisbo de valor por parte de Jack, al entender y aceptar algo educativo de Jean Louise. En ello se desglosa la idea de que Atticus ha desarrollado en su hija una conciencia reflexiva que incluso un adulto no tiene. Educar a un hijo es peligroso, pero cuando se aplica a la «Finch», la respuesta del niño puede ser sorprendente. Se puede concluir con que la manera en la que se comunica Atticus con sus hijos es un mecanismo que él ha ido adaptando a conciencia, pues conoce perfectamente las fortalezas y debilidades de sus hijos, y eso es lo que lo convierte en un ejemplo de padre y maestro, digno de ser seguido, pues se presta a escuchar, dialogar, comprender y educar. «Confío nada más en que Jem y Scout acudirán a mí para resolver sus dudas en lugar de prestar oídos a la población: Espero que tendrán bastante confianza en mí...».¹¹

Scout se educa principalmente en su hogar y no cree que la escuela sea muy útil. Al final de la novela se da cuenta de que probablemente aprendió todo lo que había que aprender, excepto, tal vez, álgebra. Claramente, Scout entiende que las experiencias de vida son las verdades maestras y que Atticus le ha enseñado cosas que la escuela jamás podrá. Se puede terminar con una reflexión: la educación, la primera que los padres dan, se encarga de apoyar la individualidad y desarrollar un crecimiento creativo, mientras que los maestros apoyan dando herramientas para comprender y plantear un pensamiento propio, el cual permitirá al individuo decidir y actuar a su voluntad y conciencia.

Fuentes

Lee, Harper, *Matar a un ruiseñor*, Bruguera, Barcelona, 1972. Savater, Fernando, *El valor de educar*, Ariel, Barcelona, 1997. Savater, Fernando, «El sentido de Educar» en *Altablero*, número 34, abril-mayo 2005. Recuperado el 20 de mayo de 2022: <<https://www.mineduacion.gov.co/1621/article-87611.html>>.

¹⁰ Lee, *op. cit.*, p. 106.

¹¹ *Ibidem*, p. 108.